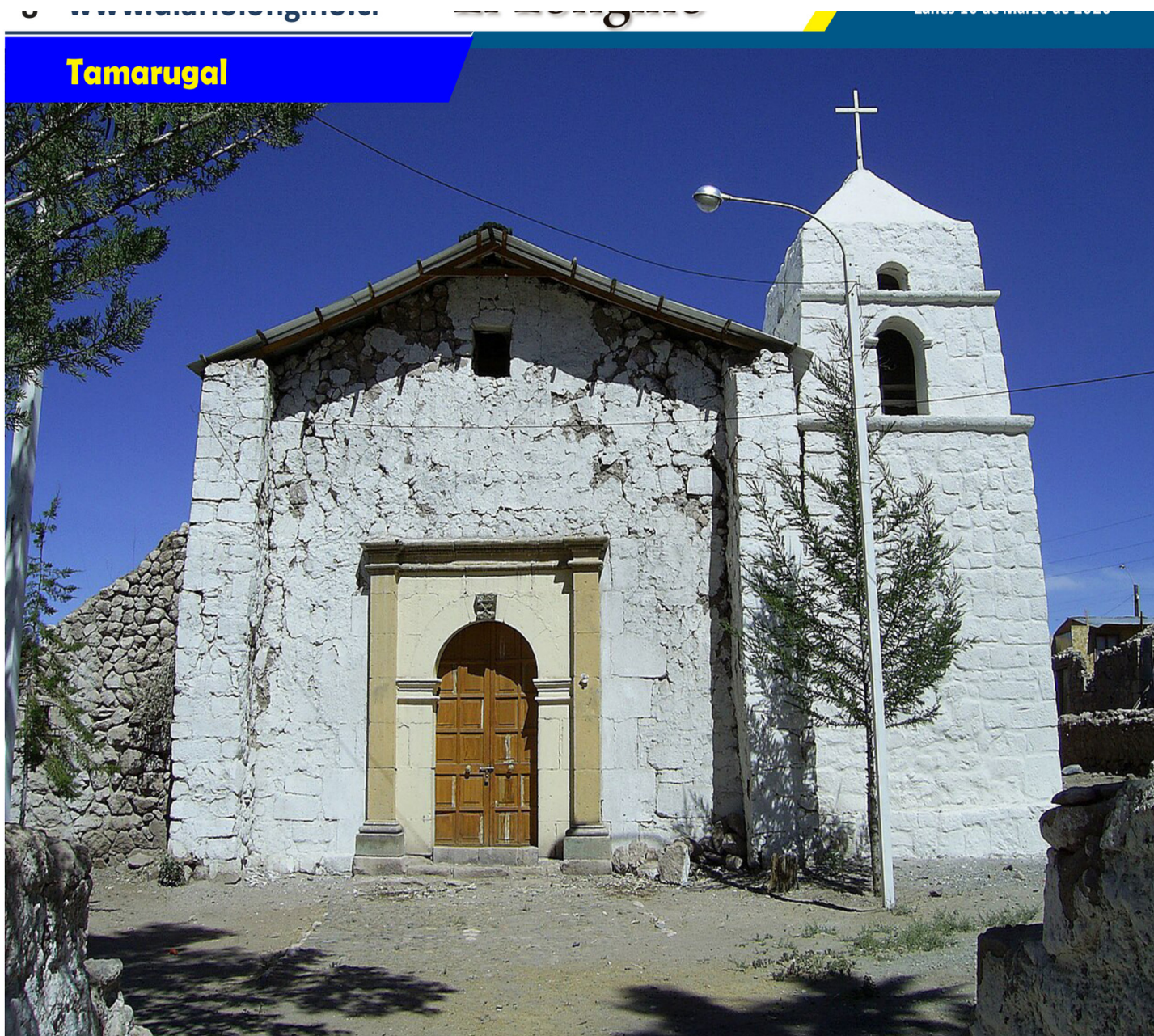




Iglesia de Sotoca inicia su esperada recuperación y abre una nueva etapa para el patrimonio del Tamarugal

El histórico templo del Barroco Andino comenzará su restauración oficial el 21 de marzo, tras años de espera y deterioro estructural.

Después de años de espera, gestiones técnicas y una preocupación creciente por el deterioro de su estructura, la recuperación de la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria de Sotoca comienza finalmente a tomar forma concreta. En

una reciente reunión informativa desarrollada con participación de autoridades regionales, comunales y representantes de la comunidad, fue presentada la empresa Nevado Tres Spa, que estará a cargo de ejecutar uno de los proyectos

patrimoniales más relevantes de la Región de Tarapacá. La cita permitió dar a conocer los alcances de la intervención y, al mismo tiempo, despejar dudas sobre una obra que no solo apunta a restaurar un edificio antiguo, sino a rescatar uno de

los símbolos más profundos de la identidad cultural, espiritual y arquitectónica del pueblo de Sotoca. La instancia reunió a la Junta de Vecinos de Sotoca, a la Comunidad Indígena, representantes de la Iglesia y al alcalde de Huará, José

Bartolo, además de equipos de la Secretaría Comunal de Planificación, la Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas y profesionales del Gobierno Regional de Tarapacá. En ese encuentro se confirmó que la ceremonia de la primera

piedra se realizará el próximo 21 de marzo, fecha que marcará oficialmente el inicio de las faenas y abrirá una etapa largamente anhelada por la comunidad local. No se trata de una obra cualquiera. La Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria de

Sotoca es una de las expresiones patrimoniales más valiosas del Barroco Andino en Tarapacá y en el norte de Chile. Enclavada a unos 200 kilómetros al este de Iquique, en pleno territorio de la provincia del Tamarugal, la estructura representa una memoria material que atraviesa siglos de historia y que habla, con claridad, del encuentro entre la tradición europea traída durante la colonia y las expresiones culturales indígenas que fueron dando forma a una identidad mestiza propia en esta zona del altiplano y la precordillera.

Aunque su inscripción oficial data de 1774, estudios estructurales realizados en sus fundaciones han revelado la existencia de una fractura megalítica que situaría su origen en el siglo XVII, lo que profundiza aún más su relevancia histórica. Esa antigüedad no solo le otorga un valor cronológico, sino también simbólico. La iglesia es testimonio vivo de un proceso cultural amplio, complejo y todavía visible en la vida cotidiana de los pueblos del interior, donde la religiosidad popular, la fiesta patronal, el uso del espacio sagrado y la arquitectura continúan siendo parte fundamental del tejido social.

Su valor fue reconocido oficialmente hace décadas, cuando el inmueble fue declarado Monumento Histórico en 1953 mediante el Decreto N° 5705. Desde entonces, su preservación ha sido vista como una tarea impostergable, aunque durante largos años las soluciones concretas parecían avanzar más lento que el deterioro del edificio. Por eso, el inicio de esta restauración

representa mucho más que un hito administrativo: es la señal de que finalmente se comienza a responder a una deuda patrimonial con una de las joyas arquitectónicas más significativas del Tamarugal.

La Iglesia de Sotoca destaca por su planta en forma de cruz latina, por su composición armónica y por el uso de materiales vernáculos propios de la construcción andina tradicional, como piedra, adobe, madera y paja brava. Esa materialidad no solo da cuenta de técnicas ancestrales adaptadas al territorio, sino también de una relación profunda entre arquitectura, paisaje y cultura local. En cada muro, en cada textura y en cada solución constructiva se puede leer una manera de habitar el desierto y de levantar espacios de trascendencia a partir de los recursos disponibles en el entorno.

Su fachada es una de las más reconocibles del estilo Barroco Andino en la región. Sobresale un arco de sillares que incorpora un escudo español forjado en fierro, evidencia de una estética colonial que dialoga con el contexto local. En su interior, en tanto, se conservan pinturas murales que son consideradas los antecedentes artísticos más tempranos de Tarapacá, lo que convierte al templo no solo en un bien arquitectónico y religioso, sino también en un archivo visual de enorme valor para comprender la evolución del arte sacro y popular en el norte chileno.

Uno de sus elementos más emblemáticos es el campanario, un torreón de tres cuerpos que domina el paisaje del poblado y

que se ha transformado con el tiempo en una de las imágenes más reconocibles de Sotoca. Su silueta ha sido durante décadas una referencia no solo física, sino también espiritual y comunitaria. Sin embargo, ese mismo campanario se convirtió en uno de los puntos más sensibles del deterioro estructural, al punto de que en años anteriores se advirtió riesgo de desplome en sectores críticos.

Es precisamente esa condición de vulnerabilidad la que terminó por darle urgencia a la restauración. Durante largo tiempo, el deterioro progresivo del edificio fue generando preocupación entre vecinos, especialistas y autoridades, no solo por el riesgo material de perder una obra irremplazable, sino también por las consecuencias sociales y culturales que ello implicaría. La Iglesia de Sotoca no es una pieza de museo desconectada del presente. Es un espacio vivo, cargado de sentido para la comunidad, un punto de encuentro espiritual, ceremonial y afectivo que articula la vida del pueblo. La recuperación de este templo busca, por tanto, mucho más que estabilizar muros, reforzar fundaciones o consolidar estructuras. Aspira a devolver a Sotoca uno de sus principales centros de reunión comunitaria y religiosa, recuperando un lugar donde convergen memoria, fe, identidad y pertenencia. En pueblos del interior como éste, la iglesia no solo cumple una función litúrgica. También es escenario de fiestas, tradiciones, encuentros familiares y expresiones de continuidad histórica que ayudan a

Tamarugal

sostener la vida colectiva frente al desdoblamiento y al paso del tiempo. La reunión informativa reciente tuvo justamente ese valor: acercar a la comunidad el detalle de una obra esperada por años, permitiendo que las organizaciones locales conozcan de primera fuente sus alcances técnicos y el cronograma proyectado. Que la presentación de la empresa ejecutora se haya realizado de cara a la comunidad no es un dato menor. En este tipo de proyectos, la restauración patrimonial adquiere verdadero sentido cuando se vincula con quienes habitan, resguardan y dotan de significado al inmueble. En ese escenario, la participación de la Junta de Vecinos, de la Comunidad Indígena, de representantes eclesásticos y del municipio de Huará refuerza una idea central: la recuperación del patrimonio no puede entenderse solo como una intervención técnica, sino como un proceso compartido entre Estado, especialistas y comunidad. Esa articulación es clave para asegurar que el rescate material del edificio vaya acompañado también de una revitalización de su dimensión simbólica y social. La presencia de la Dirección de Arquitectura del MOP y de profesionales del Gobierno Regional de Tarapacá da cuenta de la importancia institucional que se le ha otorgado a esta obra, la que además se proyecta como una de las intervenciones más significativas en materia patrimonial para el interior de la región. En un territorio donde la riqueza histórica muchas veces convive con la fragilidad estructural de sus templos, casonas y poblados, avanzar en una restauración de esta envergadura constituye también una señal sobre la necesidad de mirar el patrimonio rural con la misma seriedad con que se observan las grandes obras urbanas. Sotoca, como otros pueblos del Tamarugal, concentra una memoria que no puede medirse únicamente por el número de habitantes o por la magnitud física de sus construcciones. Su valor reside en la densidad histórica que guarda, en la persistencia de sus tradiciones y en la manera en que sus espacios siguen explicando parte de la historia profunda de Tarapacá. Por eso, la recuperación de la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria no solo beneficia al pueblo que la alberga, sino a toda la región, que

encuentra en ella una parte sustancial de su identidad.

Esta restauración también invita a una reflexión más amplia sobre el lugar que ocupa el patrimonio en la agenda pública. Durante años, muchas estructuras de alto valor histórico en el norte han debido esperar largos procesos antes de recibir una respuesta efectiva. En numerosos casos, la acción llega cuando el deterioro ya ha avanzado de manera alarmante. Por eso, el inicio de estas obras en Sotoca puede leerse también como una oportunidad para reforzar una política más decidida de protección patrimonial, especialmente en localidades apartadas que muchas veces quedan fuera de las urgencias visibles del debate regional.

En el caso de la Iglesia de Sotoca, la restauración tiene además una carga emocional evidente. Para los habitantes del pueblo, no se trata solo de recuperar una construcción antigua, sino de ver nuevamente en pie y protegida una parte esencial de su historia común. Cada festividad, cada recuerdo familiar, cada acto religioso vivido en ese espacio forma parte de una memoria que ahora podrá proyectarse hacia el futuro con mayor seguridad.

El próximo 21 de marzo, cuando se coloque la primera piedra, no solo comenzará formalmente una obra. También se abrirá una nueva etapa para Sotoca, para Huará y para Tarapacá. Será el inicio visible de un proceso que busca resguardar un legado arquitectónico excepcional y, al mismo tiempo, reafirmar que el patrimonio no es una reliquia inmóvil, sino una expresión viva de los pueblos y de su derecho a conservar aquello que los define.

La recuperación de la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria de Sotoca comienza así a hacerse realidad en un momento clave. Después de años de espera, de preocupación por su estado y de esfuerzo institucional y comunitario, el proyecto avanza con el peso de la historia sobre sus muros y con la esperanza de un pueblo que quiere ver de nuevo a su templo protegido, restaurado y vivo. En una región donde el patrimonio suele luchar contra el abandono, el clima y el tiempo, esta obra aparece como una señal de reparación, de memoria y de respeto por una herencia que sigue dando sentido al presente.

